

Cristina Fernández Cubas
LA HABITACIÓN
DE NONA



Seis extraordinarios relatos de la mejor cuentista de la literatura española actual.

Una niña siente una envidia creciente hacia su hermana Nona a quien todo lo que le ocurre es «especial» y, lo que es peor, le ocurre a escondidas. Una mujer al borde del desahucio confía en una benévola y solitaria anciana que le invita a tomar café. Un grupo escolar comenta un cuadro, y de repente alguien ve en él algo inquietante que perturba la serenidad del momento. La narradora se aloja en un hotel madrileño y al salir vive un salto en el tiempo...

Cristina Fernández Cubas revisita la infancia y la madurez, la soledad y la familia, la cotidianidad de nuestras casas y nuestras ciudades y nos descubre que en todos ellos tal vez aniden inadvertidos el misterio, la sorpresa y el escalofrío.

Para Ana de Tord.
Con un guiño al tiempo

La realidad es simplemente una ilusión, aunque muy persistente.

Albert Einstein

La habitación de Nona

Mi hermana es especial. Lo dijo mi madre el día que nació, en la habitación blanca y soleada de la clínica. Y dijo además: «Especial es una palabra muy bonita. Que no se os olvide nunca». No se me ha olvidado, a la vista está, pero es más que posible que la escena que acabo de relatar no tuviera lugar en la clínica, sino mucho después en cualquier otra habitación, y que Nona no fuera tampoco una recién nacida, ni siquiera un bebé, sino una niña de tres o cuatro años. ¡Quién sabe! Me cuentan que puede tratarse de un falso recuerdo y que nuestras engañosas memorias están llenas de falsos recuerdos. Me aseguran también que ciertas peculiaridades —lo llaman así: «peculiaridades»— no suelen apreciarse en los primeros tiempos. Todo eso —y el dato de que cuando nació yo era demasiado pequeña para acordarme— me inclina a pensar que, en efecto, se trata de un recuerdo inventado. O de algo todavía más sutil. «Elaborado», que diría quien yo me sé. Porque antes de que Nona viniera al mundo mi vida era muy diferente. No la recuerdo bien, pero sé que era diferente. Y tengo sobradas razones para pensar que mejor. Mucho mejor. Pero Nona nació, las cosas cambiaron para siempre y, seguramente por eso, me acostumbé a situar las palabras de mi madre el mismo día de su llegada al mundo. Aquel día yo también nací a una nueva vida. Mi vida con Nona.

La verdad es que yo hubiera preferido un hermano, pero no me costó demasiado conformarme con Nona. De pequeña, parecía una muñeca. Tenía la piel muy fina, los ojos achinados y los labios gruesos. Cuando dormía —y sus ojos

desaparecían formando una raya— abría la boca y la dejaba así mucho rato, como si no pudiera cerrarla o estuviera a punto de decirnos algo, ella que aún no sabía hablar y que tardaría más de lo razonable en pronunciar palabra. A mí me gustaba su boca, tan carnosa, tan grande. Y a la abuela también. «Tiene los labios de Brigitte Bardot», dijo un día junto a la cuna. Y luego me explicó: «Brigitte es una estrella de mi época. Una artista francesa». La abuela era muy alegre. Y le gustaba quedarse con la parte amable de las cosas. Por eso, tiempo después, cuando Nona por fin empezó a hablar y notamos que arrastraba las erres con voz gangosa, meneó la cabeza sonriendo. «Igual que Brigitte», dijo entonces. Y fue probablemente su seguridad, la sonrisa que jamás se desdibujaba de sus labios, lo que me llevó a creerla a pies juntillas y a cometer la primera tontería de mi vida. Aquella misma tarde en el colegio conté con orgullo que tenía una hermana francesa y especial. Lo conté varias veces. En clase, en el recreo, en el autobús escolar... Y seguramente presumí demasiado. Porque días después unas amigas vinieron a casa a jugar, preguntaron por ella, la llamé, y enseguida, nada más fijarme en sus caras, comprendí de golpe varias cosas. Que Nona no era francesa, en primer lugar. Y, sobre todo, que la palabra «especial» no significaba forzosamente algo muy bueno.

Apenas nos llevamos tres años, Nona y yo. Y hasta que cumplió los cuatro jugábamos y dormíamos juntas. Pero algo ocurrió para que de repente se cambiaran las tornas y yo me convirtiera en la hermana menor. Nona empezó a roncar. Y comía mucho; devoraba. La ponían a régimen y ella, por las noches, atacaba y devastaba la nevera. También almacenaba provisiones en su nuevo cuarto, en una especie de despensa clandestina que por más que buscáramos y buscáramos no logramos descubrir jamás. Sin embargo, a pesar de estar mascando todo el rato y engullir ali-

mentos sin medida, no sólo creció a lo ancho, como temían mis padres, sino que, al mismo tiempo, me superó en altura. Eso no me gustó; a nadie en mi situación le habría gustado. Sobre todo por su más inmediata consecuencia. La de transformarme de pronto en hermana menor. En su heredera. Y a partir de entonces la ropa que le quedaba corta o estrecha pasó a ser mía. Una vergüenza.

Quien yo me sé me dice que en este punto mis padres fallaron. (Quizá después me decida a hablar de quien yo me sé). Que aunque los tiempos no estuvieran para derroches y heredar entre hermanos sea una práctica habitual en las familias, hubieran debido considerar mi edad. Y una vez más no le falta razón. Después de todo yo también era una niña. Una cría que protegía a su hermana hasta que todo cambió. Porque no fue sólo el hecho de que ahora durmiéramos las dos solas, cada una en su cuarto, ni tampoco los kilos de más o la envergadura de Nona. A veces pienso (y luego me lo saco de la cabeza) que Nona engordó a propósito. Para marcar distancias, adelantarme o reírse de mí. Porque casi todos los cambios coinciden en el tiempo. El cuarto nuevo, comer sin tregua, roncar por las noches y encerrarse en sí misma. Todo de golpe. Sin darme tiempo a asimilarlo. Y lo peor fue que poco a poco hizo de su habitación un mundo y yo dejé de tener el menor significado para ella. Me convirtió en una extraña. En un estorbo. «No entres en mi cuarto sin llamar», dijo una vez. «Ni se te ocurra». Lo dijo con su acento peculiar, su incapacidad para pronunciar las erres. «No entrggges», «Ni se te ocurggga»... Y tan imperiosa debería de ser su necesidad de dejar clara la orden que, en esa ocasión, ni se molestó en disimular su defecto. Porque Nona no decía jamás «traje», por ejemplo, sino «vestido». Tampoco «edredón», sino «colcha». Ni siquiera «pradera» o «prado» figuraban en su vocabulario, sí en cambio «campo», «hierba», «césped»... Su arsenal de palabras sustitutas era notable. Una prueba más, por si aún

no ha quedado claro, de que mi hermana siempre fue muy lista. O especial, como decía mi madre.

Mamá siempre estaba de su lado. Y también ella, a pesar de ser quien era, llamaba a la puerta del cuarto de Nona antes de entrar. La convencía de que no podía cerrarse con llave y también de que una vez al día, estuviera o no estuviera en casa, entraría Crispi, la chica, para hacerle la cama y limpiar. Nona no tenía más remedio que aceptar pero, en cuanto fue capaz de realizar estas tareas por sí misma, la chica sólo tuvo acceso al dormitorio una vez a la semana. Limpieza general. Ese día, si Nona se encontraba en casa, esperaba paciente en el pasillo sentada en una banqueta. Si se encontraba en la escuela, lo primero que hacía al regresar era recluirse en su cuarto. Supongo que entonces pasaba revista y comprobaba que sus cosas estaban en la misma posición en que las había dejado. Supongo. Todo lo que ocurría en el interior del dormitorio es un suponer. Yo a menudo golpeaba con los nudillos, empujaba la puerta, a veces casi al mismo tiempo que golpeaba con los nudillos, y lo único que lograba sorprender era la cara transfigurada de Nona, perdida o soñadora, como si no estuviera allí, en su cuarto, sino a miles de kilómetros o más. En otro planeta. Porque, aunque enseguida reaccionaba y parpadeaba con sus ojos de china, por unos segundos yo la había descubierto lejos, muy lejos, en ese mundo secreto que no quería compartir. Y aterrizaba. Había cogido práctica en aterrizar. En abandonar sus pensamientos, aceptar que un intruso acababa de profanar su santuario y hacer como si nada hubiera ocurrido. Disimular.

—Déjala en paz —me dijo un día papá—. Es feliz en su cuarto, con sus cosas... No la molestes.

Y yo no tenía más remedio que callar. Porque sabía lo que venía luego. La eterna letanía. El listado de las virtudes de Nona y las pautas de conducta que yo debía seguir al pie de la letra para comportarme como una hermana ejemplar: paciencia, consideración, cariño... Además de la con-

sabida frase final. La coda temida. El recordatorio que mamá se empeñaba en deslizar con una sonrisa.

—Después de todo, tú eres la responsable de su existencia...

Ahora sé que no fue así. Pura coincidencia. Pero ellos se empeñaron en que yo lo creyera y durante un tiempo lo consiguieron. Me sentía orgullosa. Conté a las amigas lo que me habían contado que yo hice (y que casi había olvidado). Lo conté una y otra vez. Siempre lo contaba. Un día me llevaron a una iglesia, vi una Virgen muy guapa con un niño en brazos y, de pronto, junté las manos y me puse a rezar. Hice como los mayores. Las manos juntas y la voz muy baja. Después, cuando me preguntaron qué le había pedido a la Virgen, contesté resuelta: «Un hermanito». Eso sí lo recuerdo bien. O mejor, los ojos tiernos de mamá, su abrazo caluroso y también sus palabras: «Pues no me extrañaría que la Virgen te hiciera caso...». Y me lo hizo. Pero no llegó un hermanito sino Nona. Y mamá, día tras día, me recordaba que si Nona estaba allí era porque yo la había perdido. «Una buena ocurrencia para evitar los celos», me dijo un día quien yo me sé. «Para implicarte en su educación». ¡Tonterías! Yo nunca sentí celos de mi hermana. Al revés. De pequeña, cuando parecía una muñeca, pasaba horas y horas con la abuela junto a la cuna, mirando cómo dormía. En lo otro, en cambio, sí puede tener razón. Porque yo intento educarla, aunque ella no se deje. Y no se deja desde el momento en que, de golpe, dio aquel estirón a lo largo y a lo ancho y yo me convertí en su heredera. A veces creo que le guardo un poco de rencor por todo lo que ocurrió entonces, por las burlas de mis amigas cuando me veían vestida de Nona y a Nona, en cambio, estrenando trajes nuevos. Sólo a veces. Porque también enseguida me lo saco de la cabeza. Y si no se va del todo, se lo explico a él. A quien yo me sé. Y él me escucha sonriendo.

Quien yo me sé tiene un nombre, como todo el mundo, pero yo prefiero llamarle así. Quien yo me sé. Al fin y al cabo no hago más que seguir la costumbre familiar. En esta casa bautizamos las cosas a nuestra manera. No sé quién empezó. Pero hay muchas palabras que no se usan y otras peores que están prohibidas. Una vez una señora, amiga de la familia, acarició el pelo de Nona, esperó a que se marchara del salón y se le ocurrió soltar una. No ha vuelto a aparecer. Mamá la fulminó con la mirada y pidió a la chica que la acompañara a la puerta. No queremos saber nada de apellidos extranjeros ni de nombres de enfermedades o desgracias ni menos aún de caras de pena o frases pronunciadas a media voz. Aquí todo es especial. Les guste o no. Como la misma Nona. Y por eso, al tratarse de una niña especial, la llevamos a una escuela también especial. Y las personas especiales tienen peculiaridades. Ya lo dije antes. Peculiaridades. Palabra que conozco desde pequeña y que, en cuanto supe manejarla con un diccionario, entendí todavía mejor. Porque las peculiaridades (que significan más o menos lo mismo que «características», «singularidades» o «rarezas») es lo que mejor les va a las personas especiales. No podría ser de otra manera. Se es especial porque se tienen peculiaridades. O se tienen peculiaridades porque se es especial. La serpiente que se muerde la cola. O la pescadilla. El otro día la chica hizo pescadillas que se muerden la cola para almorzar y yo me quedé un rato mirándolas en la cocina. Me pareció que allí estaba la explicación del mundo. De cierto mundo, al menos. Nona era la pescadilla y el círculo que formaba al guardar en la boca el extremo de la propia cola, su cuarto. No se entiende el uno sin la otra. Y al revés. Me fijé en el cuidado con el que Crispi introducía las colas entre los dientes y la habilidad con la que apretaba las cabezas para asegurarse de que no se iban a soltar. Después las rebozaba con harina, las freía de dos en dos

(para que no tropezaran), las escurría sobre un papel absorbente y las colocaba al fin, todas juntas, en una fuente de loza adornada con rodajas de limón y unas ramitas de perejil. Yo me hubiese quedado mucho rato más en la cocina meditando, pero las pescadillas fritas, se muerdan la cola o no, tienen que comerse recién hechas. Y eso es lo que hicimos. Comerlas antes de que se enfriaran. Me senté a la mesa del comedor y seguí pensando en Nona. En que mi hermana era como el dragón que protegía un tesoro. Rodeaba cuan largo era su santuario y lo preservaba de miradas ajenas. Pensé también que si lograba aflojar la presión de los dientes sobre la cola quedaría enseguida un espacio libre, una puerta o rendija por la que entrar en la habitación prohibida y desvelar sus misterios. Mis padres comían con buen apetito y pronto en la fuente de loza sólo quedaron algunas rodajas de limón y las ramitas de perejil que servían de adorno. No les dije nada de lo que había estado pensando. Por si acaso. A lo mejor les hubiera hecho gracia o, a lo peor, ninguna. Pero a quien yo me sé sí iba a contárselo. Que mis padres sin saberlo se habían tragado a su propia hija (una broma nada más; un chiste) y el parecido que, a mi entender, presentaban una pescadilla y mi hermana Nona (la parte seria del asunto). A quien yo me sé se le puede hablar de casi todo. Y eso me gusta. Pero por la misma razón debo protegerlo y protegerme. No quiero que nadie husmee en mis cosas, dé con su verdadero nombre y empiece a atar cabos y a molestarnos. Así que lo guardo en secreto. Como su foto. El otro día, en el colegio, mientras hablábamos en la pequeña aula que hace las veces de consultorio, se me ocurrió hacerle una foto. Le pedí permiso, por supuesto. Pero no le dije la verdad; me daba vergüenza. No le dije que se le veía muy guapo con su polo azul celeste y que me moría por tenerlo para siempre en mi móvil. Le expliqué, en cambio, que estaba haciendo un trabajo de fin de curso y necesitaba siluetas y contraluces. Él se levantó sonriendo, se apoyó en la ventana y yo disparé el ob-

jetivo. No salió la silueta, claro. Salió él, que era lo que quería. ¿No tiene Nona sus grandes secretos? ¡Pues yo también los tengo!

De la escuela especial no sabemos casi nada. Al menos yo. Nona cuenta muy poco de lo que hace allí, pero me parece que no le gusta demasiado. Cada día, cuando regresa, la cara se le ilumina al llegar a la puerta de su cuarto, respira hondo, se mete dentro y ya no sale hasta la hora de cenar. ¿Qué tendrá esa habitación para que se encuentre tan a gusto? Alguna que otra vez, desde mi cama, pego el oído a la pared y espero en silencio un buen rato. Nona, además de roncar, sueña en voz alta, habla sola y últimamente no deja de reír. Como si se le ocurrieran cosas muy divertidas y estuviera pasándoselo en grande. Hace tiempo que sé que tiene un amigo. O tal vez una amiga, esto no me ha quedado claro. Me lo dijo mamá un día que la oímos hablar sola. Se trata de un amigo invisible, el amigo imaginario que a veces se inventan los niños que se sienten solos. Los hijos únicos, por ejemplo, o los que tienen hermanos muy mayores a los que no les apetece jugar. Y —siempre según mamá— eso no es malo. Al revés. Fomenta la creatividad, e incluso se han dado casos de artistas de renombre que de pequeños, ellos también, se inventaron un amigo.

—No es malo, no —repite como para convencerse.

Porque, a ratos, me parece que tampoco ella está muy segura y se pregunta, como yo, para qué diablos necesita Nona inventarse un amigo. No es hija única, me tiene a mí, y si no juega conmigo es porque no quiere. Además, se está haciendo mayor a pasos de gigante. Ya no heredo sus trajes. Hace años que mamá se dio cuenta de su error y, aunque esté más desarrollada que yo y siga siendo más alta, ahora vestimos cada cual a nuestro estilo. Ni siquiera parecemos hermanas. El otro día precisamente me lo dijo una amiga del colegio: «No os parecéis en nada, Nona y

tú». Y yo, no sé por qué, me puse muy contenta. Luego me supo mal. Después de todo se trata de mi hermana. Pero la verdad es que Nona es especial, muy especial. Y actúa como si me tuviera rabia; como si no quisiera nada conmigo. Una pesadez. A veces pienso, mientras la oigo reír al otro lado de la pared, que en el fondo su vida resulta envidiable. Yo no río como ella ni me lo paso tan bien en mi cuarto. Pero hay más. La otra noche estuve más rato de lo habitual con el oído pegado a la pared y descubrí algo. Nona hablaba, pero no estaba sola. Escuché con mayor atención que nunca y, aunque no pude entender lo que decían, sí distinguí varias voces y distintas formas de reír. Muchas risas. Por un momento pensé que Nona era una gran actriz y sabía cómo imitar voces ajenas. Después ya no pensé nada, me dormí. Al día siguiente, sin embargo, nada más despertarme recordé lo que había descubierto. Y encontré una explicación satisfactoria. Nona no tenía un amigo imaginario; ¡tenía un grupo! Sí, Nona tenía una pandilla con la que se lo pasaba en grande y de ahí que no me necesitara para nada. Ni a mí ni a nadie. Pensaba contárselo a mamá, pero no me dio tiempo. Aquella mañana era domingo y, como muchos domingos, fuimos a visitar a unos tíos que viven en el campo. Tomamos el sol y nos bañamos en la piscina. Pero fue precisamente allí, en la piscina, cuando empecé a asustarme. Porque ya todos estábamos secándonos con las toallas y en el agua sólo quedaba Nona. Y Nona reía. Salpicaba a sus amigos imaginarios, se sumergía, gritaba que la dejaran en paz, y reía, reía y reía. Sin embargo, aquel domingo, reparé en algo extraño. O más que extraño, imposible. El agua se agitaba por igual a lo largo y ancho de la piscina, como si de verdad estuviera llena de gente. Y por si fuera poco —y ahí sí me asusté del todo— Nona, que no dejaba de gritar y reír, emergió de pronto de la superficie cuan larga era. «¡Brgggutos!», gritó riendo, «¡Sois unos brgggutos!». Su aparición no duró más que unos segundos; enseguida perdió el equilibrio y cayó pesadamente al agua.

Pero yo comprendí al instante que aquella proeza no la había podido realizar ella sola. Y fue como si viera un montón de brazos y manos alzando a mi hermana por los pies. Brazos, manos y pies que, acabada la broma, chapoteaban de nuevo en todas las direcciones posibles. «¡Existen!», me dije consternada. «¡Sus amigos existen de verdad!». E iba a gritar, pero no llegué a hacerlo. Mi mirada se cruzó con los ojos chinos de Nona; vi cómo en el acto agitaba mecánicamente una mano y se quedaba muy seria, como cuando la sorprendía en su cuarto muy lejos de allí y ella no tenía más remedio que aterrizar y fingir que no había sido descubierta. Lo que quiso indicar con su gesto maquinal no lo sé muy bien, pero sí puedo aventurar a quiénes iba dirigido. Las aguas, poco a poco, recobraron su tranquilidad y sólo quedó una estela. El rastro de los movimientos de Nona que, como si nada hubiera sucedido, siguió chapoteando durante un buen rato.

Al volver a casa, por la tarde, esperé el momento oportuno para abordar a mis padres. Papá cerró el periódico que había empezado a leer y se fue del salón. Mamá al principio me escuchó con interés.

—¿Una pandilla, dices? Bueno, no tiene por qué ser malo.

Entonces me animé. Era difícil explicarle lo que había descubierto. Me faltaban las palabras y, cuando creía que las había encontrado, a mí misma me parecían falsas y sin sentido. Pero me armé de valor. Era demasiado grave para ocultarlo.

—Sí, una pandilla... real. Son muchos. Nosotros no los vemos..., pero están allí.

—Claro que sí —dijo sonriéndome—. ¿No es esa la función de los amigos imaginarios? Luego las niñas crecen, se hacen adultas y a los amigos inventados suceden los de verdad. Siempre ocurre así.

Me di cuenta de que me iba a resultar bastante más complicado de lo que temía. De modo que empecé por el principio. Las voces que salían de su cuarto la noche anterior y el jaleo que habían armado ella y sus amigos aquella misma mañana en la piscina. Al llegar al momento en que Nona era aupada fuera del agua me volvió a pasar lo de antes. Las palabras me parecían falsas, no supe qué decir y me quedé callada.

—¿Y...? —preguntó únicamente. Pero me ganó la sensación de que empezaba a impacientarse.

—Ellos la impulsaron hacia arriba —dije de pronto, y yo misma me quedé sorprendida de mi decisión—. No vi sus manos porque son invisibles. Pero sí los tobillos de Nona. Sobre el agua. Como una aparición, una virgen o una santa... Aunque no lo sea. Fueron ellos, sus amigos..., ¿me entiendes ahora?

Mi madre cabeceó y se encogió a la vez de hombros. Su respuesta era «Sí» y «No». Al mismo tiempo. No tuve más remedio que llegar hasta el final. Contarle lo que comprendí de repente envuelta en una toalla junto a la piscina de los tíos. La explicación que para muchos sería un disparate. Pero no para mí. Por algo aquella misma mañana me había puesto a temblar. Y no era de frío.

—Puede que sea gente de otro planeta. Seres que nosotros no vemos, pero sí Nona o niñas tan especiales como Nona... Pueden ser también muertos. Niños muertos hace tiempo que hayan vuelto al mundo para jugar con Nona...

Y aquí me detuve. Tuve que detenerme a la fuerza. Mamá me miró con furia. Nunca la había visto así.

—¡Hasta aquí! —dijo sumamente irritada—. ¡Ya no puedo más! ¡Tu imaginación me está hartando!

Y me dejó sola en el salón. En el lugar al que precisamente había acudido para pedir ayuda. Para contar mi descubrimiento. Para compartirlo. Luego la oiría a lo lejos discutir con papá. A veces discutían. No mucho. Porque mamá se pasaba el día leyendo. Libros y más libros. Ensayos. Tra-